

organizándose, para oponerse á la mala orientación de sus Gobiernos.

Discurso de Burell.—El Sr. Burell recordó que los socialistas franceses siguieron conducta muy distinta de la que seguía el Sr. Iglesias.

«Lo mismo ocurrió en Alemania. Franceses y alemanes votaron con el Gobierno en sus Tratados internacionales. El Sr. Iglesias hace todo lo contrario, y después de hablar de pacifismo, nos amenaza con una revolución sangrienta.» (*Muy bien*).

El Sr. Iglesias rectificó.

Discurso de Azcárate.—El Sr. Azcárate empezó recordando que el partido republicano ha sido siempre contrario á toda obra de conquista en Marruecos, y á este efecto leyó la declaración hecha por la minoría en Abril de este año.

Nosotros hemos sido partidarios del *statu quo*, de estrechar las relaciones en Marruecos por la paz, y no por conquistas.

«No es de extrañar—dijo—que el socialismo francés votara en pro del Tratado, porque se sienten con fuerzas para expansiones coloniales; pero no así en España, donde carecemos de fuerzas para evitar que dentro de España tengamos extranjeros.

»Nosotros creemos que lo único que se ha debido hacer en Marruecos es conservar nuestras plazas con una zona adecuada para su defensa, y nada más.

»Si se sometiera la cuestión á un plebiscito popular, resueltamente votaría en contra de ese protectorado el pueblo español. Los que somos viejos recordamos que cuando se firmó el Tratado de paz de la otra guerra de Africa, no había en España balcón ni ventana que no estuviese iluminado. Aquella era una empresa simpática y sentida por el pueblo, y no ésta.

»Nos lleváis á nuevos gastos precisamente en el año

en que presentáis un presupuesto de liquidación, que revela el atraso del Tesoro.

»Gastaremos mucho, aunque no surja una guerra, que es inevitable. El Sr. Maura Gamazo en su libro dice: «No hay otro modo de dominar el Rif que arrojan· do los rifeños de su territorio». (*Rumores.*)

»Nosotros dejamos al Gobierno la gloria y la responsabilidad de esa obra. Cuando por ella se vea amenaza· da la salud nacional, haremos á su tiempo la protesta; pero no temáis que por política impidamos el desarrollo de vuestros planes, porque eso no lo haremos.

»El porvenir de España para nosotros está en América, y no en Africa.

»Votaremos en contra del Tratado; pero haciendo constar que el Ministro negociador ha hecho todo lo que ha podido y lo mejor que ha podido por sacar algún resultado beneficioso de toda una campaña política equivocada.» (*Muy bien.*)

Discurso de García Prieto.—El Sr. Ministro de Estado contestó, recordando que la solución no había sido elegida ni buscada por España.

«Yo pregunto al Sr. Azcárate: si el partido republicano se hubiese encontrado, como nosotros, ante la invitación de adherirse al Tratado franco-alemán, ¿qué hubiera hecho? ¿Renunciar á Marruecos? Pues decído claramente y preguntad á España qué le hubiera parecido esa renuncia, después de tanto sacrificio y tan larga historia en Africa.

»Respecto hasta qué límites va á llegar nuestra obligación de defender las vidas é intereses de los extranjeros, haremos lo que Francia ha hecho en Argelia; es decir, garantizar la seguridad sólo en determinadas zonas y localidades.

»Para el año que viene es indudable que no podemos hacer grandes cosas, puesto que el Congreso sólo ha aprobado la sección 12 del presupuesto, y ya conocéis á qué extremo llega su cifra.

»Respecto á la administración en Africa, nosotros nos proponemos presentar un proyecto de ley por el

que se exija que los empleados de las colonias demuestran aptitudes técnicas, y por lo que concierne á la dirección central de Madrid, no se aumentará ni una plaza de escribiente.» (*Muy bien. Comentarios.*)

Discurso de Mella.—El Sr. Vázquez Mella explicó su voto.

Tributó un caluroso elogio al Sr. García Prieto, y dijo que iba á estudiar el Tratado, no como cosa aislada, sino como anillo de una gran cadena.

En párrafos elocuentes demostró que no existe ni ha existido la cuestión de Marruecos, sino que ella es una fase de la cuestión europea del Mediterráneo.

«La cuestión del Mediterráneo no es más que un problema de alianza. ¿Cuáles son las nuestras?»

»Hoy está la política de tal modo, que no ya un Rey ó un Príncipe, sino que basta que un Presidente de Consejo de Ministros se levante de mal humor—y no lo digo por el nuestro, que es hombre apacible (*Grandes risas*)—, para que se provoque una guerra.

»Y es porque los pueblos no conocen esos compromisos, esas alianzas, que sólo se hacen para los políticos, y por eso no son sólidas ni duraderas.

»Nosotros pedimos la costa Norte de Marruecos, para garantizar nuestra independencia. Pero ocurre que nuestros cordiales amigos, Francia é Inglaterra, no nos permiten fortificar el litoral marroquí, y así no podemos garantizar esa independencia. Es más: Inglaterra no nos consiente fortificar nuestra Sierra Carbonera. Por lo tanto, no es cuestión de independencia lo que nos ha llevado á Marruecos, ó, por lo menos, no hemos conseguido garantizarla.»

En períodos que maravillaron al auditorio, hizo un estudio del espíritu de Francia é Inglaterra, de su poderío, de sus aspiraciones, propósitos, grandezas y macas. Pintó á Francia idealista y á Inglaterra materialista, y estudiando los hechos culminantes de su historia, demostró cómo la unión de ambas hoy es cosa accidental.

«Yo aspiro á que seamos nosotros el centinela vigilante del estrecho de Gibraltar; pero abomino de que nos convirtamos en porteros guardadores de los intereses de Inglaterra. (*Grandes rumores.*)

»Francia es nuestra rival en el Mediterráneo; pero trae un enemigo poderoso: Alemania. Por eso yo creo que debíamos aliarnos con Alemania, porque así seríamos respetados por Francia. Pero, además, Francia y España unidas con Alemania, se librarían del yugo sajón.»

Habló de la inminencia de una guerra europea, hora apocalíptica que se acerca, y dijo que España debía prevenirse y prepararse con alianzas fuertes, con una política internacional bien meditada.

Pidió que no se recatasen nuestras alianzas, y declaró que la minoría carlista se abstendría en la votación.

Discurso de Senante.—El Sr. Senante explicó su voto, é hizo suyos todos los conceptos del discurso del Sr. Vázquez Mella. Declaró que los tradicionalistas veían con buenos ojos el Tratado, y dijo que si sus votos fueran necesarios para la aprobación del Tratado, los darían; pero como no lo eran, declaraba que la minoría se abstendría, como protesta de la política general internacional de España.

Discurso de Lerroux.—El Sr. Lerroux declaró que los radicales votarían en contra, como protesta á la política internacional de España, que, para él, sólo tuvo el acierto de las orientaciones de Prim.

«No nos asustan—dijo—los gastos que se hayan de realizar en Marruecos. Tenemos fe en la capacidad productiva de la nación; pero no la tenemos en nuestra capacidad administrativa.

»El ideal de España debería ser únicamente el de trasladar Gibraltar á Ceuta, la confederación con Portugal y la confederación de las Repúblicas latino-americanas.

»Sois los mismos hombres que asististeis al espectáculo bochornoso de arriar nuestra bandera en América y en Oceanía. Y temo que, siendo los mismos bombres, el mismo régimen y la misma administración, en Africa continuará la era de nuestros fracasos.»

Declaró que él, antes que negociar, hubiera renunciado á Marruecos, porque lo primero para España es reconstituirse, y que eso es más digno que ir á hacer en Marruecos el papel de servidores de los intereses de otras potencias.

«Frente á ese Tratado decimos: «Ni guerra, ni escuadra. Despensas y escuelas.»

Aprobación del Tratado franco-español.—El Sr. Ministro de Estado contestó á los distintos oradores, diciendo que no compartía el Gobierno los ideales del Sr. Vázquez Mella, y al Sr. Lerroux, que si era cierto que los gobernantes de hoy son los de ayer, también lo es que los republicanos son los mismos, y que no es justo hablar de culpas pasadas, cuando de unos y otros fueron.

Procedióse á la votación del art. 1.º Votaron en pro liberales y conservadores, y en contra, los republicanos conjuncionistas y los radicales.

Quedó aprobado el Tratado franco-español por 216 votos contra 22.

El Sr. García Prieto fué muy felicitado.

Acto seguido se levantó la sesión.

DIA 18.—El Instituto de Reformas Sociales. Discurso de Grijalba.—El Sr. Ruiz de Grijalba se levantó á explanar su anunciada interpelación sobre el personal del Instituto de Reformas Sociales.

El orador dijo que el Instituto de Reformas Sociales era todo un verdadero Ministerio, pero sin responsabilidad. Para demostrar su tesis, leyó numerosos documentos para hacer ver que algunos de los nombrados eran ó habían sido anarquistas.

Censuró al Gobierno, que hacía esa clase de nombramientos sólo por complacencias hacia determinados

personajes republicanos, sin duda para granjearse la benevolencia de éstos.

El Sr. Ministro de la Gobernación protestó contra las palabras del Sr. Ruiz de Grijalba y dijo que todas las personas que desempeñan cargos en el Instituto son tan respetables, que garantizan su buena labor, en la que para nada influyen las ideas políticas del personal, porque es muy otra la misión de esa entidad que la de hacer política menuda. (*Muy bien.*)

Intervino el Sr. Azcárate.

Recogió y rebatió las afirmaciones del Sr. Grijalba, negando que fuera cierto que en el Instituto sólo se premie con pensiones en el extranjero á los obreros de ideas republicanas y aun anarquistas.

«¿Sabe el Sr. Ruiz de Grijalba quién elige los obreros pensionados? Pues son las Cámaras Industriales de toda España.»

Minuciosamente relató cómo y por qué se creó el Instituto de Reformas Sociales y su funcionamiento.

«No es fácil dividir los partidos políticos en ilegales y legales, como pretende el Sr. Grijalba. Además, fué un conservador, el Sr. Silvela, quien llevó á ese Instituto á hombres republicanos, y sabiendo que lo eran.»

El Sr. Conde de Romanones intervino brevemente, para decir que en nombre de la Monarquía agradecía el concurso del Sr. Azcárate en el Instituto de Reformas Sociales, concurso protectorísimo, que beneficia á la Nación grandemente y á la misma Monarquía.

«¡Ojalá—dijo el Jefe del Gobierno—tuviéramos muchos colaboradores como él!» (*Aplausos prolongados.*)

La importancia de este acto, aparte la que pudiera dar el orador con su elocuencia, estaba en que el señor Grijalba pasaba como protegido ó favorecido por Su Majestad el Rey, y hablaba con la vista y la intención puestas en Palacio, actitud que se venía notando en el

Congreso respecto á varios Diputados, cuyos discursos iban encaminados principalmente á halagar á S. M. el Rey.

El Partido Nacional. — *El Correo* publicó un manifiesto llamando á los que quisieran agruparse para constituir un partido monárquico que llevaría el nombre de Partido Nacional, bajo la jefatura de D. Angel Urzáiz.

La síntesis de sus aspiraciones se formulaba en este lema: «Gobierno liberal y administración honrada.» El último párrafo del manifiesto decía así:

«Ni conservadores ni liberales, ni socialistas ni individualistas: todos para todos, sin más objeto que el engrandecimiento de la Patria querida, ni otra enseña de combate que el cumplimiento de nuestro deber.»

Publicó además *El Correo* una extensa lista de adheridos á la nueva agrupación, en la que figuraban abogados, médicos, ingenieros, estudiantes, propietarios, empleados y trabajadores.

En la reunión celebrada para acordar la publicación del Manifiesto quedó nombrada la Junta suprema del Partido Nacional. La constituían los señores siguientes:

Presidente y jefe del partido, D. Angel Urzáiz.—Vicepresidente primero, D. José María Cortés.—Idem segundo, D. Emilio Vellando.—Secretario general, Don Francisco P. Cernuda.

Muy comentado fué el nacimiento de este partido, que, por otra parte, duró muy breve tiempo, pues en una Junta próxima se pelearon sus escasos componentes por los puestos, y algunos días más adelante el partido casi entero negó la obediencia al jefe, Sr. Urzáiz.

El Tratado franco-español. — **Discurso de Sánchez de Toca.** — Púsose á discusión en el Senado, el dictamen de la Comisión sobre el proyecto de ley autorizando al Gobierno para ratificar el Tratado relativo á Marruecos.

Consumió el primer turno en contra el Sr. Sánchez de Toca, y comenzó haciendo un elogio del Sr. Silvela,

hablando con referencia á éste de lo distinto que es ver y tratar los asuntos de carácter internacional desde el Poder ó fuera de él.

Dijo que el Tratado es la resultante de una política seguida, y, por tanto, no puede estudiarse aisladamente. Reconoció el patriotismo que á todos guiaba al emprender un asunto de esta índole y la buena intención de los negociadores.

Dijo que la situación de Marruecos era ya insostenible, y nosotros hemos ido á remolque de la política francesa. Estudió detenidamente esa política bajo todos sus aspectos, para deducir que todo lo relativo á Marruecos no había sido iniciado por España.

«Hay que mirar á lo venidero y para ello es preciso estudiar lo pasado, y el primer error es creer que esta cuestión podría resolverse sólo por una conversación entre España y Francia.»

Habló de la forma en que el Tratado distribuía la soberanía, que era la gran dificultad con que habría tropezado el Ministro, y lo esencial de aquél, independientemente del nombre que á tal mando se dé, llámese Jálifa ó como se quiera.

Analizó detenidamente todos los incidentes ocurridos en Marruecos como antecedentes del Tratado actual y las vicisitudes de las negociaciones, principalmente en lo que se refiere á la determinación de las fronteras del imperio.

Dijo que era un verdadero éxito lo contenido en el párrafo último del art. 3.º, es decir, lo relativo á Larache y á Alcázar, la posesión definitiva de tales puntos, éxito que atribuyó á una intención personal del Rey.

Acusó á los gobernantes de no haberse hecho cargo de la realidad internacional.

Afirmó que no debía existir para toda la Península más que una sola política exterior, como aconseja la Geografía misma.

«No tenemos más remedio—dijo—que atender á la

política exterior, y afirmo que el interés marítimo de España está en una alianza con Inglaterra.

»Francia, sin haber llevado á las Cámaras el Tratado, tiene ya informe del general Lyautey; esto es, un programa, en tanto que en España nada hay respecto del asunto, por lo que precisa que el Gobierno marque orientaciones.»

Preguntó al Ministro qué es lo que pensaba hacer para llevar á efecto el Tratado.

Discurso de López Mora.—Por la Comisión contestó el Sr. López Mora.

Afirmó que en el Tratado se había conseguido todo cuanto se podía conseguir.

Dijo que en la enumeración de antecedentes preparatorios del Tratado había olvidado el Sr. Sánchez de Toca uno que merecía toda la atención, que era la convención de 1905.

Afirmó que la política en Africa no había de ser de partido, sino política nacional, de concordia.

Terminó diciendo que respecto de la política á seguir y otros extremos, contestaría el Ministro de Estado con mayor competencia.

El discurso del Sr. Sánchez de Toca fué muy elogiado.

DIA 21.—Interpelación Romeo.—Aludiendo á los artículos de *La Epoca* pidiendo el Poder, y acerca de la duración de las Cortes, el Sr. Romeo presentó una proposición que decía así:

«El Diputado que suscribe, haciendo uso de las facultades que le concede el art. 160 del reglamento del Congreso, en relación con el 162, ruega al Congreso de los Diputados se sirva declarar:

»Que verá con agrado el cumplimiento del art. 30 de la Constitución de la Monarquía, mientras haya un Gobierno que cuente con la confianza de las mayorías parlamentarias de las actuales Cortes, y convertido en materia legislativa el democrático y progresivo programa

contenido en el discurso de la Corona del 15 de Julio de 1910.»

El Sr. Romeo la apoyó.

Intervinieron los Sres. Conde de Romanones, Urzáiz, Azcárate, Salillas y Maciá, desarrollándose un debate muy interesante, favorable á los liberales.

El Sr. Romeo retiró la proposición.

El Tratado franco-español. — Discurso de Allendesalazar.—Este Senador consumió el segundo turno contra el Tratado, y dijo que ejercer la crítica sobre él sería volver la espalda á la realidad, pues no hay más que aceptar lo hecho, aunque no satisfaga, rindiendo debido tributo á los negociadores por los esfuerzos realizados.

Defendió su gestión en el Ministerio de Estado.

Dijo que en el Libro Rojo consta la declaración de Alemania de reconocimiento de los derechos de España y los de Francia. Para demostrar el aserto leyó varios párrafos de documentos allí insertos, que así lo atestiguan.

Significó que el Tratado que se discutía creaba una situación innegable de preocupación por el porvenir.

Hizo un párrafo elocuente, diciendo que hay que ir con lealtad, con denuedo, con fe y con esperanza á Marruecos, á cumplir la alta misión de la Patria española, ayudando la acción de todo Gobierno, sea cual fuere, para que el Tratado se desarrollase sin dificultades y con toda la eficacia necesaria para el bien de la Patria. (*Muy bien, muy bien.*)

Discurso de Sacro Lirio.—Le contestó el Sr. Barón de Sacro Lirio.

Se ocupó de la delimitación de fronteras, que, hoy por hoy, debía satisfacernos, aunque acaso el destino de la humanidad tuviera reservada una rectificación por el natural evolucionar de los tiempos, que tanto actúa sobre el desenvolvimiento de las naciones.

Manifestó que en estos asuntos internacionales el que negociaba no era de un partido, sino España, y había

que cooperar á su acción, prescindiendo de las diferencias que separan á los hombres de la política.

Discurso de Parrés.—El Sr. Parrés consumió el tercer turno en contra, diciendo:

«España no quiere guerras, ni ocupaciones militares, ni penetrar pacíficamente en ninguna parte, pues donde hay que penetrar es en los yermos campos de Castilla con la bandera del trabajo y con la ayuda y la cooperación del obrero.

»Lo importante para España es el aspecto económico, y á éste deben mirar con preferencia los Gobiernos, prescindiendo de todo lo que sea aparente y quijotesco que pueda conducirnos al estado de miseria.

»Marruecos, en manos de Francia, será emporio de riqueza, y en manos de España será emporio de ruina.»

Discurso de Ranero.—El Sr. Ranero, de la Comisión, contestó al Sr. Parrés.

Manifestó que si España hubiera abandonado su situación en Marruecos, no yendo al Tratado actual, habríamos perdido á Ceuta y Melilla, produciéndose así una desmembración más del territorio patrio, de que tanto se había dolido el Sr. Parrés.

Refirió que España no tenía más remedio que ir á este Tratado para defender nuestras fronteras del Atlántico y del Mediterráneo, hizo notar que aquél no está fundado en razones de familia, como aquellos que se pactaban en tiempos de Felipe II y Carlos IV.

Polo Peyrolón.—El Sr. Polo y Peyrolón intervino para alusiones.

Se limitó á declarar que la minoría jaimista del Senado suscribía en absoluto lo que dijo en el Congreso el Sr. Vázquez de Mella, y que, en su consecuencia, seguiría la misma conducta que aquella minoría, absteniéndose de votar.

Patriotismo del Alcalde de Zaragoza.—El Alcalde de la inmortal ciudad aragonesa realizó en esta fe-